

Sermón para el Día del Conquistador

Poderosos en la oración

Introducción

En libro de meditaciones matutinas para jóvenes *Dímelo de frente* el Dr. Fernando Zabala cuenta la historia de Roldán, el más valiente y famoso de los soldados del Emperador Carlomagno. Cierta día, el Emperador decidió darle un regalo a su valiente comandante. Se trataba de un cuerno de marfil que había pertenecido a su abuelo Carlos Martel.

—¿Crees que puedas hacerlo sonar? —preguntó Carlomagno a Roldán.

—Déjeme probar.

Y lo probó. El sonido fue tan fuerte que Carlomagno tuvo que taparse los oídos.

—Es tuyo —dijo el Emperador a Roldán—. Si algún día te encuentras en aprietos, solo tienes que hacerlo sonar.

Ese día llegó. Se cree que fue el 15 de agosto del año 778 d. C. Roldán cruzaba los Pirineos al frente de un batallón de unos cien soldados. Su misión era cubrir la retaguardia de las tropas del Emperador. De pronto fueron atacados por un ejército numéricamente muy superior. De inmediato, Oliverio, su compañero de mil batallas, se dio cuenta de que no podrían prevalecer.

—¡Haz sonar el cuerno, Roldán! ¡Hazlo sonar!

—Podemos derrotarlos sin ayuda —replicó Roldán.

En el momento en que Roldán se dio cuenta de que no podrían contra sus enemigos, hizo sonar el cuerno, pero ya era demasiado

tarde. Cuando Carlomagno llegó al escenario del enfrentamiento, solo encontró los cuerpos muertos de sus valientes. Entre ellos estaba Roldán, todavía aferrado al cuerno que pudo salvarle la vida, si lo hubiera usado a tiempo.



Nosotros tenemos en nuestras manos un recurso más poderoso y eficaz que el cuerno de marfil de Roldán. Se trata de la oración. Recordemos que «la oración es la llave en la mano de la fe para abrir el almacén del cielo, donde están atesorados los recursos infinitos de la Omnipotencia» (*El Camino a Cristo*, cap. 11, p. 140). Sin embargo, a pesar de que Dios mismo nos invita a comunicarnos con él, es alarmante la frecuencia con que nos olvidamos de orar.

Hoy estudiaremos una historia que pone de manifiesto la tendencia humana de tomar decisiones sin consultar a Dios, con sus inevitables y desastrosas consecuencias.

Poderosos en la oración

2 Reyes 3: 1-24

I. Cosecharás lo que sembraste (2 Reyes 3: 1-3)

a) En este pasaje se registra la historia del rey Joram que, siguiendo el ejemplo de su padre, «sus hechos fueron malos a los ojos del Señor» y arrastró al pueblo de Israel a la idolatría. Este mal proceder le acarreó consecuencias inmediatas (versículos 4, 5), ya que el rey Mesa se rebeló contra él y Joram tuvo que salir al frente de su ejército a combatir contra los moabitas.

b) A través de las edades, Dios ha colocado delante de su pueblo dos opciones. Hemos de escoger entre el bien y el mal, «entre la vida y la muerte, entre la bendición y la maldición» (Deuteronomio 30: 19). Al pueblo de Israel se le prometió: «Si de veras obedeces al Señor tu Dios, y pones en práctica todos sus mandamientos que yo te ordeno hoy [...] El Señor pondrá en tus manos a tus enemigos cuando te ataquen. Avanzarán contra ti en formación ordenada, pero huirán de ti en completo desorden» (Deuteronomio 28: 1, 7). Sin embargo, la desobediencia también tendría sus consecuencias. Al pueblo se le advirtió: «Pero si no obedeces al Señor tu Dios, [...] el Señor hará caer sobre ti polvo y arena en vez de lluvia, hasta que seas destruido» (Deuteronomio 28: 15, 24).

A la luz de estas promesas y advertencias, podemos decir que el problema del rey Joram no era militar, sino espiritual. La ayuda divina estaba disponible, pero...

II. Descuidar la oración tiene sus consecuencias.

a) En lugar de buscar a Dios, Joram elaboró su propio plan. ¡Él aplastaría la rebelión! Las Escrituras nos dicen (2 Reyes 3: 6, 7) que el rey preparó su ejército e invitó al rey Josafat a apoyarlo en la guerra contra Moab.

—¿Y Dios?

—¡No lo necesito! Yo puedo solucionar la situación.

Por cierto, ¿quién era Josafat? Era el rey de Judá, y la Biblia lo describe como un rey cuyos hechos «fueron rectos a los ojos del Señor» (2 Crónicas 20: 32). Es decir, el rey malvado (Joram) invitó al rey bueno (Josafat) a participar de las consecuencias de sus pecados, y este último se dejó llevar. Y lo peor es que Josafat, inexplicablemente, olvidó consultar a Dios. ¡Se olvidó de orar!

b) Dejando al Señor a un lado, elaboraron el plan de batalla (2 Reyes 3: 8), intentando sorprender al enemigo con un ataque desde un lugar inesperado. El resultado: un plan totalmente absurdo. Tan absurdo como intentar vivir la vida cristiana sin orar.

—¿Por qué camino iremos?

—Por el desierto de Edom.

c) La expedición casi se convirtió en tragedia. Los ejércitos «tuvieron que dar un rodeo de siete días» (2 Reyes 3: 9), soportando temperaturas extremas en un lugar árido y rocoso. Estuvieron a punto de morir deshidratados. Trata de imaginar a esos pobres soldados, soportando un calor espantoso y una sed desesperante. Los síntomas de la deshidratación pueden incluir dolores de cabeza, disminución de la presión sanguínea, aumento de la temperatura corporal, vértigo y desvanecimiento al ponerse de pie, delirios, inconsciencia y, en casos extremos, la muerte. Así es la vida del hombre que, ignorando al Creador, intenta dirigirse a sí mismo. La vida sin Dios es vacía, árida y sin esperanza.

d) En ese momento crítico, el rey Joram, el principal responsable de la situación, aparece en escena intentando culpar a Dios por el desastre militar. «¡Vaya! Parece que el Señor nos ha traído a nosotros, los tres reyes, para entregarnos en manos de los moabitas» (versículo 10). ¡El colmo! Ahora resulta que Dios tiene la culpa de todo

—Rey Joram, te recuerdo que ustedes hicieron los planes sin tener en cuenta a Dios. Ustedes se metieron en este lío. ¡Se lo merecen!

e) Antes de juzgar a Joram por su atrevimiento, hemos de reconocer que él no ha sido el único que trata de culpar a Dios por los problemas que enfrenta. Es un síntoma muy común en el ser humano. ¿Le has reprochado algo a Dios? ¿Lo has culpado alguna vez por las consecuencias de tus propias acciones?